

CAPÍTULO XII.

EL RABANILLO CORONADO.

Al quedar solo, una incertidumbre se apoderó de Lampourde, y cuando llegó al extremo del Puente Nuevo, se detuvo, y durante un buen rato permaneció perplejo como el asno de Buridan entre sus dos piensos de avena, ó, si esta comparacion no es del agrado del lector, como un hierro entre dos imanes de igual potencia. De un lado el sacanete ejercia sobre él una atraccion imperiosa haciendo resonar á sus oidos el seductor tintin de las monedas de oro; del otro se le representaba la taberna adornada de no menores encantos y acompañada de bulliciosa orquesta de jarros. ¡Apurada alternativa! Aunque los teólogos hagan del libre albedrío la más bella prerogativa del hombre, Lampourde, dominado por dos inclinaciones irresistibles, pues era tan jugador como borracho, y tan borracho como jugador, no sabia realmente por cuál de las dos decidirse. Dió tres pasos en direccion al garito; pero las botellas panzudas, cubiertas de polvo y de telarañas, con su casco de encarnado lacre, se presen-

taron á su imaginacion con tal viveza, que dió otros tantos hácia la taberna. Entonces el Juego agitó fantásticamente en su oído un cubilete lleno de dados emplomados, y abrió ante sus ojos un semicírculo de naipes rebajados del canto, semicírculo diapreado como la cola de un pavo, vision encantadora que le dejó inmóvil cual si de repente se hubiese trocado en marmórea estatua.

—¡Voto al diablo! ¿voy á quedarme aquí plantado como ídolo?—murmuró para sus adentros el maton impacientado de sus propias vacilaciones;—debo de tener el aspecto de un gznápiro contemplando robar coquecigrullas, con mi cara estúpida y pasmada. ¡Calla! valiente idea se me ocurre: ¿si en vez de irme á la taberna ó al garito me fuese á hacer una visita á mi diosa, á mi Iris, á la beldad sin par que me retiene prisionero en los diamantinos palacios de sus encantados lagos? Pero quizás á estas horas esté ocupada en algun baile ó festin nocturno, fuera de su casa. Mas, tente, amigo Lampourde, que la voluptuosidad debilita el valor, y los más afamados capitanes se han arrepentido más de una vez de ser demasiado inclinados á las mujeres. Testigos Hércules con su Deyanira, Sanson con su Dalila, Marco Antonio con su Cleopatra, sin contar los demás de que no me acuerdo, pues se han hecho muchos corrales de desde que yo era estudiante. Renunciemos pues á este capricho lascivo y vituperable. Pero ¿qué determinar sin embargo entre esos dos objetos tan seductores? Si me decido por el uno echaré de ménos el otro.

Al formular este monólogo, Lampourde, con las manos sepultadas en los bolsillos, la barba apoyada sobre su gorguera de modo que esta le levantaba la perilla, parecía echar raíces en el suelo y convertirse en estatua, segun á menudo acontece á más de un compañero en las *Metamorfosis* de Ovidio.

De repente dió un salto tan brusco, que un ciudadano trasnochado que pasaba por allí sintió correr por su cuerpo

indicios evidentes de miedo y apretó el paso, temeroso de una cuchillada ó cuando ménos de que le vaciasen los bolsillos. Debemos confesar no obstante, en honor de la verdad, que Lampourde no tuvo la más remota intencion de desbaliar al transeunte, á quien en su delirio ni siquiera vió; una idea magna, decisiva, que daba fin á sus incertidumbres, le habia atravesado el cerebro.

Sacó con presteza una moneda del bolsillo, y la lanzó al aire despues de decir:

—Cruz por la taberna, cara por el garito.

La moneda hizo algunas piruetas, y, atraída hácia el suelo por su gravedad, cayó sobre el afirmado, haciendo brillar una dorada chispa bajo la influencia del argentino fulgor de la luna, en aquel momento libre de nubes. El perdonavidas se arrodilló para descifrar el oráculo dado por el azar, y vió que la pieza habia respondido cruz á la pregunta. Baco lo arrancaba de los brazos de la Fortuna.

—Está bien, me emborracharé,—dijo Lampourde, despues de enjugar el lodo que se habia pegado al doblon al dar contra el suelo y metídoselo de nuevo en su escarcela que, como destinada á engullir muchas cosas, era profunda cual el abismo.

Y á grandes zancadas se dirigió hácia la taberna del *Rabanillo Coronado*, santuario habitual de sus libaciones al dios de la viña, y que para Lampourde ofrecia la ventaja de estar situada en la esquina del Puente Nuevo, á dos pasos de su casa á la que llegaba en pocas eses cuando se habia llenado de vino hasta el nudo de la garganta, á partir de las suelas de sus botas.

Era el *Rabanillo Coronado* el más inmundo tabuco que el lector pueda imaginarse. Formaban la fachada algunos pilares cortos, embadurnados de color rojo vinoso, que servian de sosten á la enorme viga que le servia de friso y cuyas rugosidades remedaban ciertas formas indicando antiguas esculturas medio desgastadas por el tiempo. Fijando mucho la

atención, se alcanzaba á distinguir una espiral de cepas y pámpanos, á través de los cuales corrían monos tirando de la cola á zorras. Encima de la clave de la puerta había pintado un enorme rábano follajeado de verdes hojas y surmontado por una corona de oro, todo muy deslucido, que desde Dios sabe cuántas generaciones de borrachos servía de enseña y de designación á la taberna.

Los espacios de columna á columna estaban cerrados, en aquel momento, con fuertes tablas guarnecidas de macizos herrajes capaces de sostener un sitio, pero no tan herméticamente unidas que no dejasen filtrar líneas de rojiza luz y escapar sordo rumor de canciones y pendencias; aquellas fajas luminosas, extendiéndose por el fangoso piso de la calle, producían un efecto singular del que Lampourde no vió el lado pintoresco, si bien le indicaron que la concurrencia era todavía numerosa en el *Rabanillo Coronado*.

El perdonavidas llamó á la puerta con el pomo de su espada, de un modo especial que le dió á conocer como parroquiano de la casa, y aquella se entreabrió para franquearle el paso.

La sala en la que estaban reunidos los bebedores, más que de figon tenía aspecto de taberna. Era baja de techo, y la viga maestra que la atravesaba, habiéndose cimbrado bajo el peso de los pisos superiores, parecía próxima á romperse, aunque fuese bastante sólida para sostener un campanario; pareciéndose en esto á la torre de Pisa ó á la de los Asinelli de Bolonia que están siempre inclinadas y jamás se caen. El humo de las pipas y de las velas habían vuelto el techo tan negro como el interior de las chimeneas en que se preparan los arenques ahumados, las huevas de pescado y los jamones. Antiguamente las paredes habían estado pintadas de rojo, y rodeadas de una cenefa de sarmientos por algún pintor italiano de mala mano venido á Francia en pos de Catalina de Médicis. En lo alto de la sala la pintura se había conservado, aunque muy oscurecida y semejando más á sangre

coagulada que al alegre color escarlata que debía de haber tenido en un principio. La humedad, el frote de las espaldas, la grasa de las cabezas que en ella se apoyaban, habían gastado y consumido el color de la parte baja, cuyo desnudo yeso estaba rajado y súcio. En otros tiempos la parroquia de la taberna era más distinguida; pero poco á poco, volviéndose más delicadas las costumbres, á los cortesanos y á los capitanes habían sustituido los tahures, bellacos, rateros y matones, verdadera clientela de truanes peligrosos que habían impreso su sello horrible al figon, y hecho de la alegre taberna una guarida siniestra. Una escalera de madera que conducía á una galería en la que daban las puertas de aposentos tan sumamente bajos de techo que no podía penetrarse en ellos sino como los caracoles, escondiendo los cuernos y la cabeza dentro de la concha, ocupaba la pared que daba frente á la entrada. Debajo de la caja de la escalera, algunos toneles, llenos los unos, mitad vacíos los otros, estaban colocados con simetría á los borrachos más agradable que todo otro adorno. En la chimenea, de gran campana, ardían haces de charasca, cuyos extremos flameaban hasta sobre el suelo que, embaldosado como estaba con viejos ladrillos, no corría riesgo de incendio. El fuego iluminaba con sus reflejos la plancha de estaño del mostrador, situado frente por frente, en el que se veía la magestuosa figura del tabernero, colocado detrás de una muralla de jarros, pintas, botellas y colodras. La viva luz que aquel despedía, amortiguando las amarillentas auréolas de las velas que oscilaban entre la humareda, hacía bailar á lo largo de las paredes las sombras de los bebedores dibujados en caricatura, con narices descomunales, barbas de chancleta, tupés á lo Riquet en forma de cresta, y deformaciones tan extravagantes como las de los *Sueños divertidos* de maese Alcofribas Nasier. Aquel conventículo de recortes negros, moviéndose y bullendo detrás de las figuras reales, parecía mofarse de estas y hacer de las mismas fantasmagórica parodia. Los concurrentes al tugurio,

apoyaban los codos sobre mesas cuya madera, cruzada de rajaduras, llena de nombres grabados al cuchillo, jaspeada de quemaduras, estaba cubierta de grasienta capa de salsas y de vino; pero las mangas que al refregar por encima de ella hacian las veces de esponja no podian en su mayor parte ensuciarse, pues las habia horadadas del codo y por lo tanto no exponian más que la carne del brazo que aquellas estaban destinadas á cubrir.

Despertados por la gresca de la taberna, dos ó tres gallinas, Lázaros emplumados, que á tales horas hubieran debido estar encaramadas en su percha, se habian deslizado en la sala por una puerta que comunicaba con el corral, y pecoreaban debajo de los piés y por entre las piernas de los bebedores las migajas caidas del festin.

Al entrar Lampourde en el *Rabanillo Coronado*, reinaba en él la más infernal algarabía. Algunos borrachos de aspecto truculento levantaban con la una mano sus jarros vacíos, mientras que con la otra descargaban encima de las mesas puñetazos capaces de matar un buey y que hacian temblar en sus férreas palmatorias las velas del sebo. Otros brindaban y sorbian de un trago vasos llenos de vino. Estos aullaban en coro con voces tan gañidoras como las de perros ladrando á la luna, una báquica cancion acompañada del chis chas de los cuchillos frotados contra el borde de los vasos ó de un movimiento de platos rotatorio. Aquellos inquietaban el pudor de las Maritornes, quienes, con los brazos levantados por encima de las cabezas de los concurrentes, llevaban platos de humeantes guisos y no podian defenderse contra tales ataques, teniendo en más conservar su plato que su virtud. Otros chupaban largas pipas de Holanda y se divertian en arrojar el humo por las narices.

En aquel inmundo jabardillo, el sexo bello no estaba representado mas que por algunos ejemplares bastante feos, pues es de saber que el vicio se permite á veces no tener la nariz más correcta que la virtud. Aquellas Filis, de quienes el pri-

mer advenedizo, mediante la redonda pieza, podia ser el Tiris ó el Tí tiro, se paseaban de dos en dos, deteniéndose delante de las mesas, y bebiendo como palomas caseras en la copa de cada cual, libaciones que, unidas al calor del local, acarminaban sus mejillas debajo del rojo de ladrillo de que iban embadurnadas, lo que las daba aspecto de ídolos cubiertos con dos capas de pintura. Sobre sus frentes, que lucian al influjo de los afeites, caian rizos de empringados cabellos legítimos ó postizos, rizos que se precipitaban en espiral sobre sus pródigamente descubiertos y estucados pechos en los que á manera de transparentes venas se veian pintadas algunas azuladas y sinuosas rayas. Los trajes de aquellas ninfas remedaban cierta elegancia delicada y de buen gusto; mas aun cuando llevasen cintas, plumas, bordados, galones, herretes y agujetas y telas de vivos colores, á la legua se conocia que aquel lujo, destinado á atraer la atencion, nada tenia de real y era de procedencia legítima de la prendería: las perlas eran de vidrio soplado, las alhajas cobre, las telas de seda basquiñas vueltas del revés y retenidas; pero á pesar de la baja ley de tales elegancias, bastaban ellas á deslumbrar los avinados ojos de los borrachos congregados en el figon. En cuanto al perfume, si aquellas damas no olian á rosas, sentian á almizcle como una madriguera de vesos, único aroma bastante fuerte para dominar las infectas exhalaciones del tugurio, y que por comparacion los borrachos encontraban más suave que bálsamo, ambrosía y benjuí.

Lampourde, acostumbrado de larga fecha á aquellas costumbres que, por otra parte, le parecian naturales, no prestaba la menor atencion al cuadro de que acabamos de trazar un rápido bosquejo.

Sentado delante de una mesa, de espaldas contra la pared, el perdonavidas miraba con tierno y concupiscente ojo una botella de vino de Canarias que una sirvienta acababa de traerle y que habia sacado de detrás de un rimero de leña de entre las reservadas para los glotones y bebedores eméritos.